

mostraría. Obedeció Orencio inmediatamente á la insinuacion del cielo, y dejando su casa y bienes, como otro Abraham por igual precepto, penetró los Pirineos, pasó á Francia, y llegó al campo ó valle llamado Labedan en la diócesis de Tarbes, donde desapareció la luz que le conducía; por lo que creyó el Santo que era aquel el sitio, donde quería el Señor que permaneciese. Supo que aquel territorio estaba poseído de una legión de espíritus inmundos, que causaban innumerables daños en los hombres, en los animales y en los frutos; y compadecido de tantos males, los espelió con la eficacia de sus fervorosas oraciones.

Quiso Orencio no ser molesto á los vecinos del valle, y para ello resolvió vivir con el trabajo de sus manos, siguiendo la profesion de labrador, que era la que habia tenido en su patria. No encontró para cultivar la tierra sino unos novillos bravos é indómitos; pero haciendo sobre ellos la señal de la cruz, quedaron como si fueran unos mansos corderos. Tomó por ama á una anciana venerable, y por criado á un hombre llamado Esperto, de tan perversa intencion, que empeñándose en causar todos los daños posibles á su amo, sembraba zizaña en lugar de buena simiente en las tierras que labraba Orencio; mas como Dios velaba sobre su fidelísimo siervo, le aumentaba considerablemente las cosechas; á pesar de los reprobables ardides de que se valia para impedirlo el mal criado. Conoció éste el ningun fruto que producian sus diabólicas astucias, y dejando solos á los bueyes en cierto dia que se condujo el venerable anciano á beber agua de una fuente cristalina algo distante de la labor, devoró al uno de ellos un furioso lobo que salió de aquellas selvas. Vió el siervo de Dios el estrago que causó la fiera; pero mandando á ésta en nombre de Jesucristo, que hiciese los oficios del animal que mató, cumplió con el precepto inmediatamente, con admiracion de cuantos llegaron á entender aquel extraordinario prodigio (*). Viendo Esperto que por estas maravillas se frustraban sus perversas intenciones, se fingió enfermo con el fin de no atender á la labor, creyendo que por este medio serian los daños inevitables: dejóle Orencio en la cama para que se le asistiese; pero apenas salió al cultivo de sus tierras, cuando se apoderó un demonio del disco criado, atormentándolo tan furiosamente, que le impelia á arrojarse al fuego.

(*) Este portentoso se ve pintado en muchos retablos antiguos, especialmente en uno de la metropolitana de Zaragoza y en las puertas del retablo mayor de Huesca.

Volvió el venerable anciano de su labor, y compadecido del trabajo de su sirviente, procuró espeler al inmundo espíritu con sus fervorosas oraciones. Prometió éste dejar libre al que tiranizaba, siempre que el Santo le diese permiso para entrar en el cuerpo de Cornelia ó Corneja; y creyendo el siervo de Dios con su natural sencillez que seria una avejilla llamada así, no tuvo reparo en darle la licencia; en fuerza de la cual se introdujo el demonio en el cuerpo de la hija de un potentado de Francia llamada Cornelia.

Valióse el amante padre de todos los remedios espirituales para la espulsion del enemigo infernal, y afligido el demonio con los mas eficaces exorcismos, protestó, que no saldria del cuerpo de aquella ilustre virgen sin mandato de Orencio, con cuyo permiso se habia introducido. No fué difícil al potentado saber quien era aquel siervo de Dios, porque la fama de su eminente santidad se habia esparcido por diferentes partes del reino de Francia: buscóle inmediatamente, y le rogó que se dignase visitar á su hija, para lanzar de ella al demonio, puesto que habia confesado, que no saldria sin su precepto. Marchó el venerable anciano á visitar á la pobre doncella, y compadecido de su miserable situacion, mandó al enemigo que la dejase libre inmediatamente. Obedeció el inmundo espíritu sin dilacion el precepto de Orencio, dejando casi muerta en tierra á la energúmena con el estrépito y con el furor que se despidió de ella; pero cogiéndola de la mano el siervo de Dios, la restituyó á sus padres perfectamente sana. Ofreció á Orencio el potentado, agradecido de tan singular beneficio, grandes bienes y esquisitas riquezas; pero todas las rehusó por volverse al valle de Labedan á seguir el tenor de su vida, como lo hizo con aviso superior.

Como para Dios no hay casualidades, al pasar Orencio con su hijo por la ciudad de Aux, fué elegido éste y consagrado obispo de ella; y así desde esta ciudad tuvo Orencio que proseguir su viaje solo. Halló difunta á su anciana ama, á quien llamaba madre con respeto á sus venerables canas, y habiendo hecho oracion por ella, la resucitó milagrosamente. Tuvo noticia en este tiempo del glorioso martirio que padeció en la capital de Roma su hijo S. Lorenzo: derramó muchas lágrimas por la pérdida de aquel insigne héroe de la religion cristiana, que daba tanto honor á sus venerables canas, y apareciéndosele el santo mártir entre gloriosos resplandores, le dijo que no llorase su muerte, puesto que gozaba de la vision beatifica en premio de la confesion que habia hecho á la frente de los enemigos de Jesucristo. Quedó el venerable anciano lleno de consuelo con tan agradable

noticia, y amonestado por su hijo que volviera á su patria, la que hallaria muy aligida de la sequia, y que por sus oraciones seria socorrida del Señor, se puso en camino inmediatamente con grande sentimiento de todos los habitantes del valle de Labedan, que sintieron en el alma su ausencia, conociendo que por ella se les privaba de los innumerables beneficios que les concedia el cielo por la poderosa mediacion del siervo de Dios. Presentóse Orencio en Huesca, y fué recibido en ella con aquellas demostraciones de veneracion, que son muy fáciles de creer en unos ciudadanos, que tenian formado anticipadamente el mas alto concepto de su eminente santidad tan merecido por la justificacion de su conducta y por sus piadosas obras. Rogáronle, que se condoliere de la grande esterilidad que padecia toda aquella region, y habiendo recurrido á Dios con fervorosas oraciones, fué socorrida la tierra con lluvias abundantísimas.

Retiróse el venerable anciano á su casa de Loret con firme resolucion de pasar el resto de sus dias en el servicio de Dios; y con verdad pudo decirse, que el tenor de su vida fué mas angélica que humana. Así continuó por algun tiempo, hasta que lleno de dias y de merecimientos, pasó á gozar de la vista de Dios, pocos años despues del glorioso triunfo de su hijo S. Lorenzo, que fué en el de 258. No tardó el Señor en acreditar la gloria de su fidelísimo siervo con repetidos prodigios: luego que espiró, se vió su cuerpo rodeado de una luz celestial que duró por espacio de tres horas, y ejecutado su funeral con la pompa mas solemne, se le dió sepultura en su propio oratorio de Loret cerca del de su esposa Paciencia, donde se conserva segun tradicion de aquellos naturales, que celebran la festividad de ambos en el dia 1.º de mayo, y se valen de su poderosa intercesion especialmente en la escasez de lluvias, segun se acredita por la oracion que se lee en los breviarios antiguos de Huesca, lo que comprueba esta gracia especial sobre la que invocan su patrocinio. Tambien ha librado algunas veces el Señor el territorio de Huesca, por los méritos de sus siervos, de la plaga de la langosta.

SAN SEGISMUNDO, Ó SIGISMUNDO, REY DE BORGÑOÑA.

SAN Segismundo, rey de Borgoña, cuya memoria es y ha sido siempre célebre en el principado de Cataluña, por haber ilustrado con su portentosa vida aquel territorio, fué hijo de Gunebaldo, rey de Borgoña, uno de los príncipes mas valerosos y mas guerreros que se refieren en los anales. Derrotó éste á los

francos, auxiliares de su hermano Gondeguiselo, y llegó con sus gloriosas conquistas á Viena, en tiempo que se hallaba obispo de aquella capital S. Avito, varon verdaderamente digno de los mas altos elogios por su eminente santidad y por su zelo apostolico. Empleó el ilustre prelado toda su eficacia y toda su sabiduria para reducir al gremio de la Iglesia católica aquel soberano, que aseaba todas sus recomendables prendas con el borron de la herejia arriana de que estaba infectado; y aunque fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo el Santo para vencer la obstinacion de Gunebaldo, tuvo el consuelo de ver cumplidos sus deseos en su hijo Segismundo, príncipe adornado de las mas bellas cualidades que pueden apetecerse en los inmediatos sucesores á los cetros. Instruyóle S. Avito en todos los principales misterios que cree nuestra santa religion, especialmente en el dogma que era el punto principal de las reñidas disputas entre los ortodoxos y los arrianos, y convencido el ilustre jóven de la infalible verdad del artículo católico, fué uno de los defensores mas acérrimos de la divinidad de Jesucristo que impugnaban los herejes arrianos.

No contento el Santo con haber enseñado á Segismundo las verdades esenciales de la fe, imprimió en su tierno corazón las piadosas máximas del santo Evangelio, á las que correspondió con tanta fidelidad, que arregló sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios. Parecióle que en la corte no podia dedicarse al noble objeto que le inspiraban sus deseos, y como estos no eran otros que atender al importante negocio de su eterna salvacion, resolvió retirarse á un desierto lejos de su patria, donde pudiera dedicarse enteramente al servicio del Señor, libre de los peligros á que está espuesta en el mundo la inocencia. Con esta mira pasó á España disfrazado, y entró en ella por el principado de Cataluña: hizo confesion general de todos sus pecados con el mayor dolor y con el mayor arrepentimiento en la ciudad de Vich, y habiéndose informado de las montañas mas encumbreadas de aquel territorio, se dirigió á las de Monseny con ánimo de sepultarse para siempre en aquella soledad, donde eligió para su habitacion una cueva espantosa, que solo podia servir de abrigo á las fieras. Cuando se vió Segismundo en lugar tan retirado de todo el comercio humano, se sintió mas que nunca encendido en el amor á los ejercicios eremiticos; y con efecto, soltando las riendas á su fervor, renovó con el rigor de su abstinencia y de sus asombrosas mortificaciones aquellas espantosas imágenes de penitencia que se leen de los solitarios de los desiertos de Egipto; pero el Señor endulzaba estas austeridades

maravillosamente con el don de la contemplacion que le concedió, siendo su vida una continua meditacion de las grandezas divinas y de las verdades eternas.

Envidioso el demonio de los progresos que hacia el ilustre jóven, movió todas sus máquinas para retraerle de su buen propósito: púsole delante de los ojos los grandes bienes que habia abandonado, la debilidad de su temperamento, los horrores del desierto, y los riesgos de la soledad. Viendo frustrados semejantes artificios, le atacó con las armas de la sensualidad, insultándole con los mas torpes pensamientos, y con las rebeldías de la carne; pero resistiendo Segismundo asistido de la divina gracia á tan fuertes combates, consiguió una completa victoria, sin otras armas que las de la oracion y las de la penitencia, sin perder jamás de vista á la Madre de la pureza, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza.

Dos años y medio poco mas ó menos pasó Segismundo en aquel tenor de vida mas angélica que humana, cuando resolvió su padre buscarlo á espensas de las mas esquisitas diligencias: encontrólo en fin; pero no le conoció por lo desfigurado que le habian puesto sus rigorosas penitencias. Descubrióse el siervo de Dios, viendo la afliccion y angustia de su solícito padre, y lleno éste de extraordinaria alegría, le obligó á que volviese á Borgoña á pesar de las mas tiernas lágrimas, y de los mas humildes ruegos con que suplicó que le dejase en aquella soledad, para atender al importante negocio de su eterna salvacion, que era el único objeto de todos sus deseos.

Ocurrió la muerte de Gunebaldo, y habiéndole sucedido Segismundo en el reino de Borgoña, acreditó desde luego que permanecian indelebles en su corazon aquellas piadosas máximas que imprimió en él su sabio y santo maestro; en cuyo ejercicio se habilitó en el desierto. No es fácil esplicar el porte que observó el ilustre príncipe desde el momento que ascendió al trono. El primer cuidado del Santo desde su coronacion, fué proceder contra los herejes arrianos, enemigos inconciliables de los católicos, valiéndose de toda su autoridad, así por esto, como para purificar el reino de los desórdenes y de los vicios que se habian introducido en él á pretexto de costumbres, solicitando siempre el mayor lustre de la religion, así por sus leyes, como por sus ejemplos; pero distinguiéndose sobre todo en el culto y en la veneracion para con los mártires que habian derramado su sangre por amor de Jesucristo, teniendo en sus dominios la iglesia de S. Mauricio, donde estaban sus reliquias, con las de sus ilustres compañeros de la legion Tebea, hizo construir en ella un

suntuosísimo monasterio, en el que congregó ilustres monges de conocida virtud, ocupándose en él con mucha frecuencia en todos los santos ejercicios que recomienda nuestra santa religion. Quiso el Señor premiar la devocion del devotísimo rey con esquisitos favores, entre los cuales fué muy memorable la revelacion que tuvo, sobre que hiciése que se cantasen los officios divinos alternativamente por dos coros, á fin de que imitasen los monges á los ángeles en las alabanzas de Dios.

Casó Segismundo con Amalabenga hija de Teodorico, rey de Italia, y tuvo en su matrimonio un hijo llamado Siagro; pero habiendo muerto aquella princesa, verdaderamente digna de semejante enlace, contrajo de segundas nupcias con una señora noble, bien que muy desigual en los sentimientos; la cual miraba con una suma aversion á su hijastro, y por lo mismo no cesaba de incitar contra él á su padre. Vióla el príncipe cierto dia con los preciosos vestidos de su difunta madre, y manifestándola lleno de sentimiento que no era digna de ponerse aquellos adornos, fué tanta la ira que concibió la madrastra, que para provocar á su marido á una venganza injusta, se valió de la calumnia que solo cabe en una mujer despechada, persuadiendo á Segismundo con toda la eficacia que le dictó su coraje, que aspiraba Siagro no solo á despojarlo del reino, sino á quitarle la vida; y dando crédito el religioso monarca á la falsa delacion, arrebatado de un extraordinario movimiento, dió orden á sus pajes para que ahogasen al príncipe cuando estuviese dormido. Hiciéronlo así los pajes; pero apenas se cometió el homicidio, cuando arrepentido Segismundo de aquel horrible atentado, se echó sobre el cadáver de su amado hijo, y bañándole con copiosas lágrimas, no cesaba de pedir al Señor perdon de su delito. Retiróse al monasterio de S. Mauricio, que era el asilo de todas sus aflicciones, á fin de aplacar la justicia divina con frecuentes vigalias, con rigurosos ayunos y con asombrosas penitencias, valiéndose de la intercesion de los santos mártires para alcanzar el perdon; y oyendo Dios con agrado las reverentes súplicas del arrepentido rey, nacidas de un corazon contrito y humillado, dándose por satisfecho, quiso premiarlas con la corona del martirio.

Habia muerto Gunebaldo padre de Segismundo á su hermano Chilperico, de quien quedó Clotilde que casó con Clodoveo, rey de Francia; y deseando ésta vengar la muerte de su padre, provocó á sus hijos Clodomiro, Childeberto, Clotario y Teodorico, para que tomasen las armas contra Segismundo y su hermano Gundemaro. Entraron aquellos con un poderoso ejército en

el reino de Borgoña, despreciando todas las proposiciones de paz que les hizo el santo rey, á fin de que no se derramase la sangre de sus vasallos; pero conociendo los borgoñeses la disparidad de sus fuerzas con las superiores de los francos, reuniéndose muchos de ellos con los vencedores, para libertarse de los estragos de la guerra, prometieron entregarles á su inocente rey, que se habia retirado cerca de Leon, huyendo de la ferocidad de sus perseguidores. Supo Segismundo la promesa de sus pérfidos vasallos, y queriendo librarse de los traidores, se cortó el cabello, y vestido de monje se ocupaba en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos, y en asombrosas penitencias, pidiendo al Señor templase la cólera de los francos; más como Dios le disponia para la corona del martirio, permitió que llegasen al lugar donde estaba ciertos borgoñeses fingiendo amor á su rey, y apoderándose de él, lo entregaron á sus enemigos.

Llevó Clodomiro preso á Orleans á Segismundo con su mujer y con sus hijos, resuelto á quitarles la vida: aconsejóle S. Avito, abad del monasterio de S. Máximo, varon de santidad conocida, que se abstuviese de aquel hecho verdaderamente indigno de un monarca vencedor, si deseaba conseguir la victoria que se prometia; amenazándole que de lo contrario moriria á manos de sus enemigos. Despreció el soberbio franco tan saludable monicion, y quitando la vida al santo rey, á su mujer y á sus hijos, en el dia 1.º de mayo del año 515, en una aldea de Orleans llamada Columpina ó Columna, hizo que se echasen los cadáveres en un pozo. No quedó sin el merecido castigo el injusto homicidio del Santo, pues habiéndole sucedido en el reino de Borgoña su hermano Gundemaro, auxiliado éste de Teodorico, rey de Italia, continuaron ambos la guerra con el mayor ardor contra los francos, en la que valiéndose Gundemaro de un ardid ingenioso, cortó la cabeza á Clodomiro en la batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Viena.

Tres años permanecieron en el pozo los cuerpos de S. Segismundo, de su esposa y de sus hijos sin que experimentasen la mas leve corrupcion; más queriendo Dios que se estrajesen de aquel lugar indecente las venerables reliquias, llamó la atencion de los fieles con la prodigiosa maravilla de dejarse ver por la noche muchas luces celestiales sobre el lugar de su estancia. Tuvo aviso superior el abad de S. Mauricio para que sacase del pozo los cuerpos de los Santos, y no sabiendo como ejecutarlo, le inspiró el Señor que se valiese de Asemundo, persona de grande aprecio para con Teodomiro, que habia sucedido á su hermano Clodomiro en el dominio de Orleans. Concedió gustoso este

príncipe en que se hiciese la extraccion pretendida, y ejecutada se trasladaron las venerables reliquias al monasterio de Agaumo, donde se depositaron con toda magnificencia en la capilla de san Juan Bautista, en la que son tenidas en grande veneracion, y se ha dignado el Señor acreditar la gloria de su fidelisimo sirvo con repetidos milagros.

Habia dejado el santo rey en la cueva que hizo penitencia, cerca de Villadrau, pueblo de Cataluña, dos cruces, y queriendo Dios despues de muchos siglos manifestar aquellas adorables reliquias, se valió de un suceso bien extraño. Apacentaba cierto pastor de un labrador, llamado Gad, una vacada en las montañas de Monseny, y observó que separándose un toro de los demás del ganado, iba todos los dias á la cueva del Santo, donde se ponia de rodillas. Notició al rector de Villadrau aquella novedad, y certificado éste por sí de la maravilla, dió parte al obispo de Vich, quien consultando el caso con su cabildo, pasó con su clero á la misma cueva, en la que ballaron al toro de rodillas: mandó el prelado cavar en aquel sitio, y habiéndose encontrado las dos cruces que dejó en ella Segismundo, dispuso que se trasladasen con la mayor devocion á la parroquia de Villadrau, pero al siguiente dia regresaron por mano invisible á la cueva de donde se estrajeron. Igual prodigio sucedió en la segunda y tercera vez que se trasfirieron á otras partes, por lo que convencido el obispo que era voluntad de Dios de que allí permaneciesen, hizo construir en la misma cueva una iglesia en honor del Santo, por cuya poderosa intercesion ha obrado el Señor muchos milagros.

La misa es en honra de los santos apóstoles Felipe y Santiago, y la oracion es la que sigue:

O Dios, que cada año nos temos los ejemplos de aquellos, alegras con la solemne festi- de cuyos merecimientos nos re-
dad de tus apóstoles Felipe y gocijamos. Por nuestro Señor
Santiago; concédenos que imi- Jesucristo...

La Epistola es del cap. 5 del libro de la Sabiduria.

Estarán los justos con grande y de horrible espanto; y esta-
ánimo contra los que les afli- rán sorprendidos del susto,
gieron y les quitaron el fruto viendo al instante contra su
de sus trabajos. Los malos á esperanza á los justos salvos y
su vista se llenarán de temor con tanta gloria, diciendo en-

tre sí penetrados de un vivo sentimiento, y arrancando gemidos de su corazón angustiados: Estos son los que en otros tiempos fueron el objeto de nuestras burlas, y los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo oprobio.

REFLEXIONES.

Mientras están en esta vida los buenos que son injustamente perseguidos, la paciencia y la humildad, inseparables de la verdadera virtud, los cierra la boca, los hace como mudos, y casi como si fueran insensibles, impidiéndoles levantar el grito contra aquellos que los oprimen, que los sofocan, y que hacen cuanto pueden para arrancarlos el fruto de sus trabajos. Pero cuando se acabe este puñado de días; cuando se llegue al alegre fin de este triste destierro; cuando juntamente con el cese la injusta persecucion; cuando estos dichosos escogidos entren en el gozo de su Dios, y tomen posesion de la gloria eterna; ¿qué no tendrán que decir, y cuanto avergonzarán á los que trataron tan indignamente á la virtud y á la religion! ¿y qué sentirán entonces, qué despecho será el de aquellos que ejercitaron tanto su paciencia!

Que persigan á la virtud aquellos que son impíos de profesion, adelante; ninguno debe estrañar que los enemigos declarados hagan la guerra. Pero que las mas duras, las mas sensibles persecuciones que tienen que padecer los buenos, vengan muy ordinariamente de aquellos mismos que debieran protegerlos; que la indigestion, el mal humor, y tal vez la durísima aspereza de aquellas mismas personas que hacen profesion de virtuosas, sean la prueba mas terrible de una virtud tierna, bisoña, y recién nacida; esto es lo que apenas se pudiera creer, y con todo, esto es lo que se ve muy frecuentemente.

Abre un jóven los ojos, y comienza su corazón á imbuirse en las máximas cristianas; danle en rostro, y llénanle de tedio las diversiones del mundo; da principio á la reforma de su vida; ¿cuanto tiene el pobre que padecer de aquellos mismos que debieran ser los primeros en aplaudir su resolucion, y en celebrar el partido que ha tomado! Pero aun crece mucho mas la admiracion, cuando en aquellas mismas comunidades reli-

giosas, que debieran ser el asilo de la virtud, el sagrado donde estuviese á cubierto de todo insulto la mas rígida observancia, la perfeccion mas severa, se halla tal vez esta misma virtud y perfeccion espuesta á mil molestas contradicciones, censurada, figada, condenada por aquellos que debieran ser sus panegiristas. Desagrada mucho todo lo que suena á reforma de costumbres, especialmente cuando está sostenido de una vida mas ejemplar de lo que quisieran los que no se matan por la reputacion de hombres mas regulares. A la exactitud edificativa se la da el odioso nombre de desdenosa singularidad: á la modestia se la califica de afectada: la circunspeccion se dice que es una gravedad violenta y fastidiosa: finalmente, hasta la misma humildad se censura y se condena. No puede haber persecucion mas peligrosa ni mas tentadora para una virtud tierna y en mantillas: pocas hay que no se rindan, ó á lo menos que no titubeen á esta prueba. ¡Pero válgame Dios! ¿de qué principio nacerá esta maligna aspereza, esta acrimonia contra un sugeto, que solo se distingue de los demás en ser mas exacto en el cumplimiento de sus obligaciones? No nace ciertamente ni de zelo, ni de amor por la observancia comun; nace de zelos, nace de emulacion; nace de un secreto orgullo. La vida ejemplar y edificativa de aquel particular es una tácita censura, es una muda, pero muy dolorosa reprehension de la vida y del porte de muchos. Sienten éstos no sé qué interior despecho de que el otro los haga sombra; temen que la reforma de aquel no haga visible la necesidad que tienen de reformarse los otros. Un anciano se avergüenza de que un jóven, y tal vez un niño, haya hecho tantos progresos en dos dias: el jóven, que no tiene espíritu ni valor para ser tan virtuoso, se llena de emulacion y de envidia, viendo que el otro, que es mejor, se acredita de mas cuerdo. Estas son aquellas persecuciones, estas aquellas terribles pruebas, que escitan las pasiones. Introdúzcase la relajacion: nunca se irritan, nunca se les revuelve la cólera á los tibios; pero el fervor, la exactitud, una observancia algo mas estrecha que hasta aquí, luego pone de mal humor á los inde-votos. Mas al fin, tiempo vendrá en que estos injustos censores, estos perseguidores d.simulados, estos enemigos domésticos sean confundidos. Tiempo vendrá en que se vean precisados á confesar y á detestar sus errores, á reconocer su malignidad, y á hacer justicia á la cordura y á la virtud del justo; porque la estimacion y la veneracion es un tributo que tarde ó temprano pagan siempre los impíos á la virtud.

El Evangelio es del cap. 14 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : No se turbe vuestro corazon. Creéis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si no fuese así, os lo hubiera dicho. Voy á preparar el lugar para vosotros. Y cuando me hubiere ido, y hubiere preparado lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomaré conmigo, para que en donde estoy yo, esteis vosotros tambien. Y adonde voy lo sabéis, y sabéis el camino. Dijole Tomás : Señor, no sabemos adonde vas : ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Respondió Jesus : Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al Padre sino por mí. Si me hubierais conocido á mí, hubierais conocido tambien á mi Padre : y desde ahora le conoceréis, y le habeis visto. Dijole

Felipe : Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Le dijo Jesus : Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Como dices tú, muéstranos al Padre? ¿no creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo ; sino que el Padre que está en mí, él es el que obra. ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Si no creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo : El que cree en mí hará tambien las obras que yo hago, y las hará mayores que estas ; porque yo voy al Padre. Y cualquiera cosa que pidierais al Padre en mi nombre, la haré.

MEDITACION.

Del conocimiento y amor de nuestro Señor Jesucristo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la verdadera felicidad y la verdadera vida consiste en conocer bien á Jesucristo. Todos los demás descubrimientos, todas las demás luces del entendimiento humano son fuegos fatuos, brillanteces aparentes, nubes iluminadas que alumbran poco, y suelen descubrir no mas que aquellos anchurosos caminos que guian á la perdicion. Jesucristo es el camino que se debe seguir, la verdad que se debe creer, la vida inseparable de la suprema felicidad. ¿Pero es muy frecuentado este camino? ¿es muy abrazada esta verdad? ¿es muy solicitada esta vida, en la cual consiste la bienaventuranza eterna?

¿es conocido Jesucristo de aquellas almas carnales que solo viven la vida de los sentidos, á quienes ciegan lastimosamente las pasiones? ¿es conocido Jesucristo de aquellos disolutos que le persiguen ; de aquellos mundanos que le desprecian ; de aquellos medios cristianos que le desacreditan con su vida ; ni aun de aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, y le deshonran con sus costumbres poco regulares? ¿es conocido este soberano dueño de aquellos, que estando dedicados á su servicio, le sirven tan indignamente?

¿Conocemos lo que es, lo que puede, y lo que hace? ¿mirámosle como á soberano dueño de todas las cosas, como á único árbitro de nuestra suerte, como á supremo Juez de todos los hombres?

Siendo Soberano esencialmente feliz por sí mismo desde toda la eternidad, quiso hacerse hombre en tiempo para morir por los hombres ; y voluntariamente se entregó él propio á la muerte, y muerte de cruz para redimirlos. ¿Se conoce bien este grande beneficio? ¿se comprenden estos misterios? Y si nuestra fe produce este conocimiento, ¿qué respeto, qué amor, qué gratitud profesamos á nuestro divino Salvador? ¿Puedo lisonjearme de que mis afectos den testimonio de que le conozco? Y si mi conocimiento es el que debe ser, ¿cómo es posible que honre tan poco, y sirva tan mal á Jesucristo? En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios ; en él habita corporalmente la plenitud de la divinidad ; en él tenemos plenamente todas las cosas ; él es la cabeza de los principados y de las potestades ; él es el que borró la cédula, la sentencia de condenacion que estaba pronunciada contra nosotros ; él la anuló clavándola consigo mismo en la cruz. ¿Reconocemos bien todas estas prerogativas, todas estas eminentes cualidades, todos estos dones, todos estos beneficios que debemos á Jesucristo? ¿pues dónde está nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestra ternura? Para que con la distancia ó con la ausencia no se entibiase nuestra fe, él mismo se nos acercó, y se vino á vivir entre nosotros. Y porque nuestros ojos débiles no podrian soportar el resplandor de su Majestad, le escondió, le ocultó con el velo de los accidentes del pan en el adorable sacramento de la Eucaristía. Allí está realmente ; ¿pero reflexionamos nosotros que está allí? Consultemos nuestra modestia en el templo ; nuestra ansia por visitarle ; nuestra frecuencia en hacerle corte ; nuestra hambre por recibirle ; nuestra devocion, nuestro respeto en su presencia. ¡ Ah, y cuanta verdad es que no conocemos al que está en medio de nosotros!